

ECUADOR Debate₁₀₉

Quito/Ecuador/Abril 2020

Protesta social y desgaste de la democracia liberal



De la pandemia sanitaria al pandemonio económico

La economía ecuatoriana, confronta diversas presiones contractivas

Conflictividad socio-política:
Noviembre/2019 –Febrero/2020

El retroceso de la democracia: la experiencia ecuatoriana

El estallido social chileno: ¿crisis de un modelo neoliberal o crisis de la ideología del crecimiento?

La democracia colombiana en tiempos de movilización social ¿Manifestaciones de una crisis orgánica?

Excepción y contrarrevolución global

Democracias por venir y mundos por construir en el escenario posconflicto colombiano

Estallido social, crisis política y solución constitucional en Chile. Lecciones a partir de los acontecimientos del 18 de octubre de 2019

La plasticidad de las estructuras comunitarias en los procesos de transformación del Ecuador rural

A propósito del tema: Estado y Nación en los pueblos amerindios

Maternalismo y política: Cynthia Viteri ¿“el hombre” o “la madre” de los ecuatorianos?

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinoza,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editora: Lama Al Ibrahim
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 51

ECUADOR: US\$. 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$. 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$. 7

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre, Quito

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

ARMADO E IMPRESIÓN

Edwin Navarrete, Taller de Diseño Gráfico

ISSN: 2528-7761

ISBN: número 109: 978-9942-963-53-6



ECUADOR DEBATE 109

Quito-Ecuador • Abril 2020

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-53-6

PRESENTACIÓN 3/6

COYUNTURA

- De la pandemia sanitaria al pandemio económico 7/16
Alberto Acosta
- La economía ecuatoriana, confronta diversas presiones contractivas 17/34
Wilma Salgado Tamayo
- Conflictividad socio-política: Noviembre/ 2019 – Febrero/2020 35/39

TEMA CENTRAL

- El retroceso de la democracia: la experiencia ecuatoriana 41/56
Pablo Andrade
- El estallido social chileno: ¿crisis de un modelo neoliberal o crisis de la ideología del crecimiento? 57/80
Antonio Elizalde Hevia
- La democracia colombiana en tiempos de movilización social
¿Manifestaciones de una crisis orgánica? 81/107
Jorge Orlando Blanco Suárez
- Excepción y contrarrevolución global 109/123
Marina Garcés
- Democracias por venir y mundos por construir en el escenario posconflicto colombiano 125/137
Javier Tobar y José Gabriel Tobar
- Estallido social, crisis política y solución constitucional en Chile. Lecciones a partir de los acontecimientos del 18 de octubre de 2019 139/156
Octavio Avendaño y María Cristina Escudero

DEBATE AGRARIO-RURAL

- La plasticidad de las estructuras comunitarias en los procesos de transformación del Ecuador rural 157/172
Emmanuel Fauroux

ANÁLISIS

- A propósito del tema: Estado y Nación en los pueblos amerindios
Luis Oquendo 173/195
- Maternalismo y política: Cynthia Viteri ¿“el hombre” o “la madre”
de los ecuatorianos?
Mónica Mancero Acosta 197/208

RESEÑAS

- Moral y orden. La delincuencia y el castigo en los inicios
de la modernidad en Ecuador 209/214
- La construcción imaginaria del Sur de Quito 215/218

Excepción y contrarrevolución global

Marina Garcés

El régimen de excepción permanente a escala global, corresponde a una fase de contrarrevolución generalizada que toma diferentes rostros, según el contexto cultural y político de cada país y de cada territorio. Hay quien quiere extraer, de esta crisis, oportunidades y lecciones. Esperar que la crisis nos ilumine y nos permita aprender lo que hasta ahora no veíamos acerca de nosotros mismos es un esquema moralista y religioso. De lo que se trata es de compartir esta experiencia concreta, de amplificarla y de enriquecerla, a partir de las situaciones laborales y económicas que estamos atravesando, de los problemas afectivos que se multiplican, de las prácticas de apoyo mutuo, conocimiento situado, intercambio y de nuevas formas de comunicación.

Escribo desde el confinamiento por la crisis sanitaria global del coronavirus. Hoy es el séptimo día en Barcelona. China, Italia, los países europeos y latinoamericanos y cada vez más partes del mundo están reclusando a sus habitantes en sus casas. Si tienen casa. Los redirigen hacia el teletrabajo, si su trabajo lo permite. O son ingresados en hospitales, quienes ya han enfermado. Si encuentran, aún, alguna cama libre. Tenía preparado un guion y material para escribir un artículo sobre excepcionalidades permanentes en la era global. Imposible no hacerlo, ahora, desde la experiencia que atraviesa en estos momentos nuestros cuerpos, nuestros afectos, nuestra capacidad de atención y nuestras lecturas y análisis sobre la realidad.

Mientras nos descubrimos en la experiencia del confinamiento global, estos mismos días se cumplen cuatro años del acuerdo entre la Unión Europea y Turquía para la gestión del cierre de la frontera europea oriental. Tras nueve años de guerra en Siria, los países europeos siguen sin querer hacerse cargo de lo que ocurre en el otro lado, de las vidas confinadas bajo bombas que también son globales, como el virus. Para ello, se paga su confinamiento con dinero y con acuerdos políticos, con campos de encierro en el otro lado y con tolerancia a las políticas represivas, también de encierro de ciudadanos y activistas, por parte de Erdoğan. Son acuerdos económicos y políticos que pueden ser cruelmente revisados si Erdoğan “libera” unos cuantos miles de cuerpos en la frontera para que sean rechazados a balazos policiales y con ataques xenófobos por parte de Europa, de sus instituciones y de sus ciudadanos cada vez más proclives a las respuestas autoritarias y fascistas. Lesbos, isla del amor femenino, es el escenario de esta cruenta batalla por hacer de las fronteras y de los confines los campos de muerte de esta guerra permanente.

El actual estado de alarma decretado cada vez por más países del mundo frente al contagio masivo del coronavirus, se suma así a los estados de emergencia anteriores. El olvido los acumula y los convierte en una nueva normalidad de excepcionalidades estratificadas. En febrero de 2019, Trump declaró emergencia nacional

y todo siguió igual. De hecho, la emergencia ya estaba allí, bajo otras formas, permanentemente instalada en el día a día de la vida global. “Voy a firmar una emergencia nacional y ha sido firmada muchas veces antes. [...] Rara vez ha habido un problema. Lo firmaron, a nadie le importa. Supongo que no fueron muy emocionantes”.¹ Las palabras de Trump en su declaración recogen el sentido de la excepcionalidad contemporánea: no hay normalidad o excepción, sino normalidad de la excepción para una normalidad excepcional.

Mientras Trump hacía estas declaraciones, en España, empezaba una precampaña electoral en la que la principal propuesta política del partido de la oposición era “un 155” permanente para Catalunya; es decir, una suspensión de la autonomía y una intervención de todas las instituciones catalanas, incluidos medios de comunicación y sistema educativo, sin fecha de cancelación por parte del Estado.² El 155 es un artículo de la Constitución española que abre la puerta a una intervención excepcional, que se presenta como una acción preventiva de tiempo indefinido. Se aplicó después del Referéndum de independencia del 1 de octubre de 2017, celebrado en desobediencia frente a la prohibición del Estado. Si una medida como esta puede plantearse como indefinida, ¿dónde reside entonces su excepcionalidad? Obviamente, no en su realización sino en sus efectos: le permite al poder llevar a cabo todas las excepciones que desee; es decir, le permite al poder recuperar su poder. Así lo afirma Trump en su firma del estado de emergencia: “La firmaron otros presidentes desde 1977 o así les dio poder a los presidentes”.³

Por otro lado, desde 2016 pero sobre todo a lo largo de 2019, el mundo se ha declarado en “emergencia climática”.⁴ La UE lo hizo el 28 de noviembre de 2019. Barcelona, la ciudad desde donde escribo, el 15 de enero de 2020.⁵ Miremos donde miremos, la vida en el planeta entero se presenta bajo el signo de la amenaza permanentemente diferida por algún tipo de acción *in extremis*. Leyes de emergencia, intervención de los bancos, operaciones de rescate, campos de refugiados y de desplazados, regulaciones ad hoc... Los incendios de Australia de enero de 2020 pusieron una imagen contundente a esta emergencia que contiene e intensifica a todas las demás.

1. “Trump declara emergencia nacional en frontera sur”. *CNN* (15/2/2019). Recuperado de: <https://cnn.it/2ArejJP>.

2. “Con el objetivo de recuperar la legalidad constitucional, y para proteger el correcto ejercicio de la autonomía en Cataluña, de acuerdo con el procedimiento previsto en el artículo 155 de la Constitución española aplicaremos, por el tiempo que resulte inexcusable, cuantas medidas sean necesarias. Velaremos con especial atención por un adecuado ejercicio de las competencias en educación, régimen penitenciario, medios públicos de comunicación y hacienda pública.” Programa Electoral del Partido Popular Elecciones 2019, p. 14. Recuperado de: <https://bit.ly/2AkLMGm>.

3. Ídem, *CNN* (15/2/2019).

4. “Climate emergency declaration”. Wikipedia. Recuperado de: <https://bit.ly/3cVFxWG>.

5. “Això no és un simulacre. Declaració d'emergència climàtica de Barcelona”. *Barcelona.cat*. Recuperado de: <https://bit.ly/30y8nd3>.

Lo característico de cada una de estas acciones excepcionales es que no resuelven sus correspondientes crisis, sino que las mantienen abiertas. No las superan sino que las sostienen, no las cancelan sino que las gobiernan. El poder obtiene y refuerza su poder permaneciendo en la crisis, no atravesándola. No es el poder de quien decide y resuelve, sino el poder de quien neutraliza toda decisión e impide su resolución. La misma lógica rige hoy las crisis políticas como las que acabamos de ejemplificar y tantas otras, pero también las crisis económicas y las crisis ambientales. No es que se hayan hecho permanentes por su irresolubilidad, es que no resolverlas ofrece una situación de excepcionalidad permanente a los poderes, que se hacen fuertes gracias a ellas.

La pregunta que debemos plantearnos ante esta situación en la que se generaliza y se normaliza la excepción es: ¿a qué responde? ¿Estamos en un escenario de pura reacción al desgobierno y la desregulación catastrófica de la globalización capitalista? ¿O se trata de una lógica de gobernanza nueva, que se instala en la excepción permanente como forma de gestión de la complejidad social, económica y política actual?

La hipótesis que se propone en este artículo es que el régimen de excepción permanente global corresponde a una fase de contrarrevolución generalizada que toma diferentes rostros, según el contexto cultural y político de cada país y de cada territorio. Hablar de contrarrevolución generalizada implica poder rastrear los indicios de una revolución que quizá no estábamos viendo. ¿Cuándo empezó y cuáles eran sus sujetos y sus prácticas? ¿Cuáles han sido sus desplazamientos y sus efectos de transformación? ¿Y en qué se han convertido en el escenario actual?

La revolución que estaba teniendo lugar

El siglo XX culminó su sangriento recorrido con la sentencia celebratoria “no hay alternativa”. Era el triunfo del capitalismo y la llegada de la globalización. Lejos de ser un mundo común, la globalización capitalista legitimaba un mundo único que dejaba fuera de la historia otras formas de organización política y social, y encerraba en el pasado la idea misma de acción revolucionaria capaz de cambiar radicalmente el estado de cosas.

Que “la revolución ya no es posible” es una posición que sólo puede sostenerse desde la mirada del poder. Tener poder es precisamente pretender dominar un determinado espacio de lo posible: de lo que puede ser o no ser, de lo que puede pasar o no pasar. En este caso, el “ya no” de la sentencia encierra la revolución entre una posibilidad pasada y una imposibilidad futura. La neutraliza presentándola como una experiencia histórica caducada. Pero para los sin-poder, lo posible siempre es una cárcel, un espacio de dominación. La revolución, por tanto, nunca ha sido posible ni imposible. Revolucionaria es, precisamente, esa acción colectiva que lleva lo posible contra la posible, porque hace emerger una posibilidad imprevista, una novedad radical que no estaba contenida en el abanico de lo que podía pasar.

Marx describía la revolución como “la apropiación de la totalidad de las fuerzas productivas por parte de los individuos asociados [...] que adquieren, al mismo tiempo su libertad asociándose y por medio de la asociación”. En el capitalismo actual, las fuerzas productivas ya no son solamente los medios de producción industrial. Son todos los medios que reproducen la vida, material y simbólicamente. La revolución consiste en reapropiarse de ellos colectivamente, es decir, por medio de esta capacidad de asociación y de cooperación que nos hace libres. La pregunta es: ¿no es esto, precisamente, lo que ha estado pasando en la fase última de este mismo capitalismo y en tensión con su plan totalizador? Los movimientos sociales y las prácticas cooperativas que, en tantas partes del mundo hoy, autonomizan su capacidad de gestión y de creación de formas de vida, ¿qué hacen sino proponer y plantear concretamente formas de reapropiación colectiva de la vida? Podemos preguntarnos entonces: ¿y si la revolución, más que “no ser ya posible”, es algo que estuviera continuamente pasando?

Es una hipótesis que puede resultar contra-intuitiva, incluso contra-fáctica. Pero si miramos el estado actual de las fuerzas contrarrevolucionarias en su expresión política, económica y cultural, quizá merezca ser explorada con más atención. ¿Por qué un capitalismo de corte neoliberal, despolitizador, individualista y basado en el crecimiento económico y la promesa de oportunidades ha necesitado entrar en una fase de mayor autoritarismo político, de más exclusión o incluso expulsión de cualquier expectativa de vida, de guerra cultural y de neoconservadurismo moral? Son tendencias que parecen antagónicas con lo que proclamó en un primer momento la victoria del capitalismo y la celebración de la globalización como gran mercado de las mercancías, bolsa de oportunidades y apoteosis de la comunicación.

En 1989 se declaró el fin del mundo bipolar y, por lo tanto, de la tensión entre alternativas totales. Por fin el mundo era “uno”, pero fue más único que común. Y lo que es único no se construye desde la reciprocidad, sino desde la exclusión, represión o invisibilización de todo lo que no cabe en su proyecto. Pronto empezó a resquebrajarse su imagen de armonía y su escaparate de colores, siempre iluminado, se empañó y mostró las primeras grietas. Para toda una generación y una época, Chiapas y Seattle marcan un punto de inflexión. Estamos hablando de 1994 y 1999, cinco años en un fin de siglo que desmienten la sentencia de muerte a las alternativas sociales, económicas y políticas.⁶

Se sostenía que no había alternativa a la economía financiera y de libre mercado, impulsada por los bancos, por las corporaciones y por las instituciones transnacionales, pero el movimiento antiglobalización, entre 1999 y 2001, señaló como culpables de nuevas formas y viejas formas de injusticia a sus responsables (Foro de Davos, FMI, Banco Mundial, UE, G7...), y ensayó otros modos de cooperación, de

6. Para una crónica en primera persona de este punto de inflexión y sus consecuencias políticas, filosóficas y personales, remito el libro *Ciudad Princesa*. Garcés, 2018. Galaxia Gutenberg.

producción y de consumo que aún hoy dibujan en el mundo la geografía de otra economía política. La crisis de 2008 y su efecto movilizador en todo el mundo, que culminó con los movimientos de 2011 (15M, Tahrir-Cairo, Occupy Wall Street, Gezi Park, entre otros), vino a demostrar que las promesas del capital eran promesas cargadas de muerte y que había otras maneras de poner la vida en el centro.

Se afirmaba que no había alternativa a las democracias de corte liberal, blindadas por un sistema de partidos y de representación autorreproductiva y sostenida por unas instituciones con unas dosis estructurales de corrupción. Los movimientos colectivos de estas tres últimas décadas llevan un largo recorrido de experimentación con otras formas de deliberación, de toma de decisiones y de organización política que van mucho más allá de las propuestas de participación ciudadana monitorizada y limitada con la que se presentan las izquierdas parlamentarias actuales, incluso las más nuevas.

Se contaba con que no había alternativa a la globalización de los Estados y sus alianzas por bloques militares y económicos como única geopolítica posible. Pero mientras tanto otra geografía transnacional, transfronteriza y transcultural estaba germinando, aliándose, coordinándose y multiplicándose, tanto en el mundo físico como en el virtual. Redes de apoyo mutuo, redes de comunicación y de contrainformación, redes de solidaridad, luchas compartidas, prácticas y discursos comunes... y en tiempo real.

Se daba por hecho que no había alternativa a la propiedad privada, verdadera ley sagrada del sistema capitalista, anterior y actual, y cuando ya sonaba a algo antiguo ponerla en cuestión, las luchas por lo común (recursos naturales, territorios, vivienda, ciencia y cultura, bienes materiales y digitales, etcétera), vinieron a dar un nuevo empuje a las relaciones de uso libre y compartido. Las tendencias privatizadoras siguen siendo dominantes y cada vez más intensas, pero sus límites sobre la sostenibilidad y supervivencia de la vida en el planeta también se manifiestan cada vez con más fuerza.

Tampoco parecía haber alternativa a una guerra global contra el terrorismo que desde 2001 organiza el mapa de los misiles, del control de fronteras, de la vigilancia interior, de los ataques preventivos, del racismo y del anti-islamismo cotidianos. Pero un gran movimiento contra la guerra desencadenó el 15 de febrero de 2003 la primera manifestación planetaria y dejó claro, a ojos del mundo, que se trataba de *su* guerra y de *nuestros* muertos. El *No a la guerra* fue más que un movimiento pacifista: permitió resignificar la guerra y entender que la guerra del siglo XXI (tercera guerra mundial, según algunos), ya no se declara un solo día ni tiene fecha de finalización, que no sólo se hace con armas y con ejércitos, sino que se despliega y se infiltra en nuestras vidas desde múltiples frentes.

Finalmente, no parecía haber alternativa, tampoco, a una sociedad de consumo donde los estilos de vida se personalizan individuo a individuo, a través de modas, formas de vida, opciones existenciales, afectivas y sexuales, identidades a la carta... Pero en la encrucijada cada vez más rica de expresiones y alianzas entre el eco-

gismo y el feminismo, una multitud de movimientos han puesto bajo una nueva luz las relaciones de interdependencia que desmienten la arrogancia consumista del individuo y sus estilos de vida depredatorios y violentos. Cuidar la vida y ponerla en el centro nos ha mostrado los límites de lo que parecía un menú ilimitado de opciones y nos ha enseñado la necesidad de la cooperación y de la reciprocidad, de los afectos y del apoyo mutuo. Para ello, es necesario, además, compartir conocimiento desde el pluralismo epistemológico y la crítica a la hegemonía cultural del patriarcado y de occidente, tendencia intelectual, estética y cultural que ha alterado en los últimos años las maneras de pensarnos y de elaborar conocimiento y experiencia de nosotros mismos como grupos y como sociedades.

Podríamos prolongar esta lista de alternativas y contrapoderes sostenidos lucha a lucha por los movimientos sociales y políticos, culturales y colectivos de las tres últimas décadas. Podríamos precisarla, localizarla, mostrar sus diferencias locales, culturales y territoriales. Pero a grandes rasgos recoge lo que podríamos llamar *la revolución que estaba teniendo lugar*. Lo paradójico de esta revolución es que su carácter plural, diverso, múltiple, continuo y discontinuo a la vez, local y global, episódico y subterráneo, ha hecho que fuera menos consciente para sus protagonistas que para sus enemigos. Los poderes tanto locales como globales, económicos y políticos del capitalismo en tensión y en cuestión, sí la han visto venir, la han sentido, la han temido y la están combatiendo. Para ello, han optado por no querer asegurar un orden férreo, estable y transparente a sí mismo, sino gestionar el desorden que el propio sistema produce de manera disruptiva, cambiante y siempre amenazante. Habrá que ver cómo contribuye la crisis del coronavirus a esta respuesta contrarrevolucionaria. Todo parece indicar que la gestión de datos como base de un poder inseparablemente económico, tecnológico, político y militar va a dominar en los próximos tiempos tanto la micropolítica como la geopolítica mundial.

Disrupción cotidiana

Lo más nuevo de la contrarrevolución contemporánea es que no detiene las revoluciones en curso sino que, las desborda con su capacidad para crear disrupción y moverse en ella como una nueva forma de normalidad. El poder no pretende fijar el orden ni estabilizarlo. El soberano se convierte en piloto del caos y entonces es él quien pasa a gobernar con y a través del desorden que es capaz de monitorizar, cada vez con más control y más datos. El orden se convierte, así, en régimen de *disrupción* cotidiana milimétricamente controlado. ¿Qué estatuto puede tener entonces la acción transformadora? ¿Cómo cambiar el curso de las cosas, cuando no hay curso ni dirección para ellas?

Disrupción es la palabra de moda que es más que una moda. Es un síntoma, una señal. Creada en 1995 por Clayton M. Christensen en el *Harvard Business Magazine*, este neologismo apunta a la virtud de la ruptura o interrupción brusca en el ámbito de los negocios. Si el empresario buscaba el crecimiento y la prosperi-

dad a través de la innovación, el actual emprendedor busca acabar con lo establecido para posicionarse. La novedad no reside en el producto, o en el servicio, sino en el campo que genera su irrupción. Para ello necesita generar caos y confusión, hacer estallar el ámbito de lo pensable para abrirse a lo impensado. Es el acontecimiento convertido en ideología de los negocios. Actualmente, esta ideología permea muchos ámbitos de la vida pública, incluso las prácticas educativas, culturales y artísticas. Trump, con sus decisiones imprevisibles, es una encarnación perfecta de una política disruptiva. ¿Qué forma de obediencia corresponde a este régimen de lo disruptivo? Si el acontecimiento queda reducido a permanente interrupción, es necesario volver a pensar el estatuto de la acción.

La revolución había sido pensada y vivida como la acción histórica por excelencia. Implicaba la constitución de un sujeto que se reconocía a través de ella y que al mismo tiempo reconfiguraba el mundo con su irrupción. La dialéctica, tal como la concibió Marx, incorporaba la excepcionalidad revolucionaria, el momento del corte, de la desviación, de la interrupción o del acontecimiento, en la continuidad de la lucha de clases. Incorporaba así la negatividad del antagonismo y de la ruptura (la negatividad de la libertad), en la afirmación de un nuevo campo de posibles para la igualdad del género humano. Esta integración de excepcionalidad y continuidad, ruptura y posibilidad, de libertad y de igualdad, de negación y afirmación aseguraba el desarrollo de la emancipación como un proceso continuo y discontinuo, destructor y constructor, afirmativo y negativo, orientado hacia un fin final.

Con la crisis del sentido de la historia y la desarticulación del movimiento obrero como sujeto político, la idea de revolución se dispersa en una multiplicidad de tiempos y de lugares discontinuos e irreductibles. Todo se hace político, pero no se sabe cómo ni cuándo puede acontecer. Por eso mismo, la narración basada en fines y consecuencias se clausura. Con ella, también la idea de resultado y de futuro. La emancipación se conjuga en presente, en un presente discontinuo y autosuficiente. Como escribía Blanchot a propósito de mayo del 68: "No hay que durar, no hay que tomar parte en ningún tipo de duración" (Blanchot, 1984). De la misma manera, pero incorporando su aspecto trágico, Hannah Arendt se preguntaba por la dimensión no realizada e irrealizable de la acción. En tanto que interrupción, su fulgurante novedad siempre deja algo que se define o bien por su ruptura o bien por su imposible institucionalización. ¿Cómo prolongar el acontecimiento? De esta inquietante pregunta nace la conocida invocación a un "tesoro perdido" de la acción, expresión que Arendt toma prestada a la voz de poeta René Char (Arendt, 1996).

Con este giro en la interpretación del momento revolucionario, la revolución deja de ser la acción histórica por excelencia y aparece, más bien, como un acontecimiento intempestivo e inminente, potencial más que actual, capaz de mostrar los límites de la realidad social, política y cultural a partir de la experiencia de la novedad, del desplazamiento o de la alteridad. Es decir, la revolución se convierte en la experiencia de lo que no cabe en el sistema, de lo que no se deja represen-

tar, de lo que escapa, de lo que crea otras posibilidades de vida aunque no llegue a consolidarlas, organizarlas o instituir las. Más que una acción histórica, la revolución se convierte así en una sucesión de escenas de autotransformación. Lo que las vincula es la reiteración de la ruptura, el *tempo* rítmico de la interrupción.

Pero; cuando el estado de excepción se hace permanente y las emergencias se solapan como una nueva forma de normalidad, ¿qué pasa con la potencia de irrupción, de novedad y de transformación del acontecimiento revolucionario? Lo que pasa es que pierde toda capacidad de interrupción y de ruptura, porque el orden que el poder sostiene pasa a ser, también, un régimen basado en la ruptura. Cuando el orden se basa en la ruptura permanente de todo orden, el acontecimiento como fuente de novedad y de alteridad ha sido neutralizado. Así está funcionando la actual fase de contrarrevolución global y el coronavirus será uno de los grandes protagonistas de esta guerra contrarrevolucionaria. La gestión del confinamiento global combina a la perfección estas dos dimensiones paradójicas: el orden estricto y el desorden continuo, el saberlo todo acerca de todos y el no saber nada de lo que está ocurriendo realmente con nuestro presente y nuestro futuro. La crisis del coronavirus es una experiencia de la disrupción radical convertida en la base de una nueva cotidiana que apenas empezamos a vislumbrar y que, muy probablemente, cambiará el sentido de las cotidianidades por venir. ¿Sólo nos queda adaptarnos a ellas?

Servidumbre adaptativa

Cuando la decisión soberana se instala en lo irresoluble, lo que se suspende es la decisión misma. Esto no quiere decir que se paralice, sino que entra en estado de indeterminación y se despliega como un continuo de acciones, normas, procedimientos, excepciones, entre otros. No hay un antes y un después, sino un tiempo borroso sin dirección clara. La actual situación de confinamiento sin plazos ni acciones determinantes es paradigmática de este estado de suspensión hiperactivo, prolífico en normativas, prohibiciones y declaraciones, pero no resolutivo.

La amenaza de la suspensión, como acto supremo del poder soberano, se convierte en normalización de la amenaza, que se incorpora al curso de la vida como una de sus dimensiones más propias. Podemos encontrar este esquema en cualquier fenómeno de la vida política contemporánea: las guerras ya no se declaran ni se terminan sino que se continúan y mutan, las resoluciones internacionales sobre asuntos comunes (medio-ambiente, justicia global, crisis sanitarias, agendas contra la pobreza o el hambre, etcétera), se resuelven a través de la creación de nuevas resoluciones que siempre aplazan los objetivos de la anterior y, los desastres naturales algunos asociados a la acción del hombre sobre el entorno, se gestionan aplazando sus consecuencias mientras se saca partido y beneficios de la situación.

Lo mismo ocurre con las fronteras, en las que se territorializa el Estado y el monopolio de la decisión. Como han demostrado ampliamente Sandro Mezzadra y

Brett Neilson (2017), en su último estudio, *La frontera como método*, las fronteras no dibujan un mapa estable sino que gestionan la destrucción creativa y la constante recombinación de espacios y de tiempos en el desorden actual del mundo. Sus prácticas y sus discursos se despliegan a través de toda la sociedad de forma flexible y al mismo tiempo implacable, administrativa y violenta, generalizada y particularizada a través de una tecnología de la zonificación. Esta lógica no sólo implica la gestión de los territorios y los movimientos de población. También tiene que ver con los marcos mentales, cognitivos, emocionales y tecnológicos que reorganizan de manera cada vez más rápida hoy los contornos de cada mundo y los límites de la experiencia posible.

En uno de sus numerosos videos promocionales, Klaus Schwab, ingeniero alemán y fundador del Foro Mundial Económico en Davos, explica qué significa lo que él ha bautizado como Cuarta Revolución Industrial a partir de la imagen de un tsunami que ya está desencadenado y para el cual hay que prepararse. Hay que prepararse para esta revolución, exhorta el ingeniero. No explica quién ni cómo la está llevando a cabo y si es posible deliberar acerca de su curso o cambiarlo. Simplemente está teniendo lugar y toda acción respecto a ella se reduce a prepararse, es decir, a adaptarse a tiempo a los cambios que se avecinan para no quedar retrasados respecto a otros o ser arrasados por la fuerza de su irrupción o disrupción. Este tipo de planteamientos no son exclusivos de las élites económicas y técnicas mundiales. Son corrientes en el ámbito educativo, en el laboral; incluso están adquiriendo una dimensión política y existencial: actuar es adaptarse de la mejor manera posible a la incertidumbre, prepararse para un futuro del que no sabemos nada y que no sabemos quién está haciendo. La competencia económica y política acerca de qué país o bloque se adaptará mejor a la nueva situación pandémica también está en marcha.

La subjetividad contemporánea sufre así, un extraño giro. La pregunta por el “¿quién?” se diluye y la pregunta por el “¿cómo?” se responde reduciendo a la acción a su dimensión adaptativa. Puede parecer contradictorio con la ideología disruptiva pero no lo es: la acción como adaptación es la respuesta a la continua disrupción. Si los marcos establecidos están estallando bruscamente de forma continua, la mejor acción es la que se sitúa en estas rupturas de la manera más acertada posible y se beneficia de ellas.

El estado de excepción permanente combina, así, dos lógicas: la de la obediencia/desobediencia y la de la adaptación/inadaptación. Siendo un orden hecho de caos o un caos que sirve para mantener el orden, el sistema simple de la obediencia no sería suficiente. La obediencia necesita cierta estabilidad de las reglas o de las normas y un límite reconocible entre el adentro y el afuera de un determinado sistema. Esto implica un ejercicio del poder basado en un régimen reconocible y previsible de distinciones. Sin que esto haya desaparecido, lo que encontramos en el régimen de excepción permanente es una doble tendencia que se retroalimenta: por un lado, la proliferación de leyes y normas multiplica los casos y las posibilidades de estar desobedeciendo, incluso sin saberlo. La combinación entre nor-

mas administrativas, penales, cívicas, etcétera, hace muy difícil saber cuándo empieza la desobediencia.

Por eso, hoy, cualquier ciudadano es un desobediente en potencia, un sospechoso antes de haber realizado ninguna acción ni haber tomado decisión alguna. Esta situación es paradigmática en el caso de los migrantes: independientemente de cómo hayan atravesado las fronteras, llega un momento en que su vida pasa de la transgresión a la desobediencia en potencia. Nunca conocen lo bastante bien las normas o los reglamentos como para no estar ya fuera de ellos. Volviendo al libro de Mezzadra y Neilson, lo exponen de la siguiente manera:

La extraña forma de escisión, por la cual los Estados establecen esas zonas y enclaves sacándolos de los acuerdos normativos ordinarios, da lugar a la emergencia de una pluralidad de órdenes jurídicos, regímenes laborales, patrones de desarrollo económico e, incluso, estilos culturales. Sostenemos que estas zonas, que han proliferado en cantidad y tipo, invierten la lógica de la excepción que en los últimos tiempos muchos pensadores han utilizado para explicar las nuevas formas de securitización sintetizadas en el campo. En lugar de ser espacios de vacío jurídico, se encuentran saturados por normas y cálculos conflictivos que se solapan y a veces entran en conflicto en formas impredecibles pero también negociables” (2017:243).

Las actuales “tecnologías de la zonificación”, retomando la expresión de Aihwa Ong citada en el mismo estudio de Mezzadra y Neilson, expanden y refinan el régimen de la obediencia a todo tipo de normas, leyes y reglas, desde las burocracias cotidianas, bien conocidas por ejemplo en el ámbito académico, hasta las transgresiones más graves y peligrosas del orden territorial. El coronavirus ha extendido e intensificado estas técnicas de zonificación, casa por casa, potencialmente a todo el planeta. De momento, lo hará mientras dure el estado de alarma. Pero; ¿qué parte de estas prácticas de zonificación sanitaria quedarán ya incorporadas después de la crisis de este virus?

Junto con la lógica de la obediencia, hay otra tendencia que organiza toda acción posible en torno al eje adaptación/inadaptación. No hace falta que una acción sea desobediente para que resulte inadaptada. Basta con que no responda adecuadamente, ya sea por incapacidad, ya sea por incompreensión, ya sea por estar fuera de juego. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, a la educación pública cuando no se adapta a las nuevas tecnologías o metodologías. Es también lo que les ocurre a los movimientos sociales que no “entienden” la lógica institucional y de representación. Es también lo que les ocurre a muchas vidas precarizadas que no reaccionan a tiempo y no responden, reinventándose, a las nuevas necesidades del mercado. De la misma manera, es también lo que acecha y fragiliza a muchas vidas personales, expuestas a percibir como un trastorno físico o mental lo que simplemente es no poderse adaptar al cambio de guion permanente. En todos los ámbitos institucionales, económicos, políticos y personales, tenemos pues el mismo peligro de la inadaptación.

Esta doble cara de la servidumbre contemporánea implica dos operaciones de reconocimiento: el reconocimiento de la norma y el reconocimiento de la situación. A través de ambas se está reconociendo al poder: a quien tiene el poder de sostener o de imponer las normas y a quien tiene el poder de generar situaciones siempre nuevas, ya sean tecnólogos, políticos, gurús o grandes bancos, corporaciones o autoridades sanitarias. La instancia última de la soberanía no está clara. Se instituye a través de cada una de estas operaciones de reconocimiento.

“Back” and “again”

Si la contrarrevolución por medio de la disrupción, la violencia y el estado de emergencia es un régimen que promueve una combinación de obediencia y de adaptación, podemos preguntarnos: ¿qué les ocurre a quienes obedecen o se adaptan al guion de la excepción permanente? Tal como hemos visto, la servidumbre contemporánea tiene una característica que la hace singular: incluso los más obedientes y adaptados se sienten amenazados. Con el coronavirus y con la emergencia climática esta amenaza ha dejado, además, de ser una sensación solamente subjetiva.

Si el Estado moderno ofrecía pacificación a cambio de obediencia ¿qué puede ofrecer entonces? Si la condición de la amenaza se distribuye, potencialmente, al conjunto de la población, ocupe el lugar que ocupe, ¿qué puede cohesionar al grupo más que la experiencia compartida de estar amenazados? ¿Es entonces el miedo el principal elemento de la política contemporánea? Con mirada hobbesiana, podríamos decir que siempre lo ha sido. Pero precisamente el Estado moderno se inventa como un artificio jurídico-militar cuyo propósito es delimitar y canalizar sus efectos desestabilizadores. Cuando el miedo se infiltra en el día a día de una vida social sometida a la disrupción permanente de sus marcos y referentes, ¿qué puede ofrecer el soberano? Básicamente, una única cosa: un simulacro de seguridad.

Esto es lo que han entendido las nuevas fuerzas políticas reaccionarias. Son los pilotos del caos que al mismo tiempo cosechan su poder ofreciendo simulacros de seguridad: muros que no son realmente muros, leyes de excepción que no acaban de serlo del todo, estados marciales que no decretan el estado de emergencia en su totalidad, emergencias sanitarias y climáticas que no implican verdaderos cambios en la producción ni en el consumo... y, sobre todo ello, como horizonte común de sentido, la seguridad retroutópica de la reacción. No son fuerzas conservadoras en el sentido tradicional de la palabra. No aspiran a estabilizar ningún aspecto de la realidad. Su acción política combina devastación y reacción, innovación y disrupción, violencia y cotidianidad. Sus privilegios dependen de la maximización de estas relaciones y la servidumbre consiste en adaptarse para sobrevivir a ellas.

Zygmunt Bauman hablaba en su último libro acerca del carácter retroutópico de los ideales contemporáneos. En las lenguas latinas, los discursos y eslóganes políticos están marcados por el predominio del prefijo *re*: recuperar, reapropiar, reto-

mar, etcétera. En el caso de las dos grandes campañas que han marcado el presente y futuro inmediato del mundo anglosajón, se ha dado una situación lingüísticamente muy interesante. Trump retoma el eslogan “Make America Great Again”. En Gran Bretaña, la campaña por el “leave” en el Brexit hace suya la consigna “take back control”. Pienso que en ambos casos, el elemento clave está en las partículas aparentemente menores. Ni América ni el control: lo que determina el sentido de estas sentencias son el “back” y el “again”. Sin ellos, no habría dirección.

El simulacro de seguridad necesita señalar a sus enemigos. ¿Qué pasa, entonces, con quienes no reconocen ni la norma ni la situación, es decir, con quienes no obedecen y/o no se adaptan? Cualquier desobediencia o cualquier forma de inadaptación es interpretada como una forma de violencia tan deshistorizada y despolitizada como la que ejercen los poderes políticos y económicos.

No es casualidad entonces que, retomando los ejemplos anteriores, Trump hable directamente de una invasión de criminales en la frontera sur de Estados Unidos, que Italia acuse como traficantes de personas a quienes salvan vidas en el Mediterráneo o que el Estado español trate como delincuentes a los impulsores de un referéndum de independencia de Catalunya. Lo mismo está ocurriendo con las luchas feministas. La principal manera de combatir las por parte de la derecha global es acusarlas de violencia: desde la acusación del aborto como asesinato, hasta la estigmatización de las feminazis o feministas radicales pasando por la puesta bajo sospecha indiscriminada de movimientos como el #Me Too. A ello hay que sumar ahora “el enemigo invisible” que es el coronavirus y todos sus potenciales aliados.⁷ La contrarrevolución global se sostiene no solo sobre la excepción sino sobre la acusación. Necesita de un enemigo tan difuso como permanente. Cualquier disidencia o desobediencia es acusada de poner en peligro el frágil y siempre amenazado orden excepcional, así como cualquier forma de inadaptación es una señal que convierte en sospechoso y potencial enemigo a quien la manifiesta. En el régimen de excepción permanente, el enemigo también es permanente.

Violencia sin victoria

En el estado de excepción permanente, el guion es el caos. Otros periodos contrarrevolucionarios se resolvían en forma de guerra. Pasó en los distintos periodos revolucionarios de los siglos XVIII y XIX, pasó a través de las dos llamadas “guerras mundiales”, pasó en las guerras coloniales, pasó en el 36 en España... Hoy, la guerra contrarrevolucionaria toma la forma de una violencia sin victoria, la de una guerra sin fin. Esta dinámica se confirma en contextos muy distintos, donde las formas de violencia podrían parecer inconmensurables entre sí, sino las analizamos desde este paradigma.

7. En el discurso del 22 de marzo de 2020, el Presidente del Gobierno español se ha referido a quienes incumplan las medidas de confinamiento como “aliados del virus”.

Es trágicamente ejemplar, en este sentido, el caso de México, el país donde simbólicamente empezó, precisamente, *esa revolución que estaba teniendo lugar*. La condición estructural de la violencia ha llegado a tal nivel en México, que atraviesa todas las dimensiones de la vida, desde las estructuras estatales a las paraestatales, desde los flujos del capitalismo global que devoran el país hasta las prácticas más íntimas de la vida social. En este sentido, no es casualidad que gran parte de los analistas, académicos pensadores y periodistas del país se estén convirtiendo en los principales expertos mundiales en la condición contemporánea de la violencia. Como explica la antropóloga argentina Rita Segato en *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, la violencia no es exterior a la racionalidad. Lejos de ser “lo otro”, la irrupción pura de la bestialidad, incluso la violencia más cruel se está expresando políticamente porque implica unos códigos de reconocimientos y unos efectos de dominación. Segato lo describe, así:

Una escena donde los actos de violencia se comportan como una lengua capaz de funcionar eficazmente para los entendidos, los avisados, los que hablan aun cuando no participen directamente de la acción enunciativa [...]. La violencia constitutiva y cristalizada en forma de sistema de comunicación se transforma en un lenguaje estable y pasa a comportarse con el casi automatismo de cualquier idioma (2013:32).

Por eso no sólo no es exterior a la racionalidad política, sino que forma parte de ella. La naturaleza de la máquina soberana es dual y gracias a ello “la difusión multiforme del miedo como dispositivo de gestión social general, regulando las fronteras móviles entre las realidades” (Segato, 2013:6).

En el mismo contexto mexicano, el investigador de la UNAM, Daniel Inclán, está dedicando sus últimos trabajos a la condición constitutiva de la violencia en la reproducción capitalista actual. En el ensayo “Abyecciones: violencia y capitalismo en el siglo XXI”, Inclán (2015), analiza de manera sistemática cuáles son los elementos de esta violencia intrínseca que funciona como principal forma de gobierno de la crisis. La sitúa en un estado de emergencia entendido como crisis de civilización. Más allá de la suspensión del orden político, por tanto, estaríamos en una crisis cualitativa y multidimensional que desborda la contraposición entre orden y desorden y crea una zona de indistinción y de desajuste estructural. En ese marco, la violencia tiene varias funciones, de las que destacan las siguientes: la clasificación social de los cuerpos, la despolitización por medio del conflicto y la deshistorización de la experiencia. En resumen:

Como parte del mandato, la violencia cumple una función deshistorizante de los procesos comunicativos, sea por su eterna reiteración o por su letalidad, que hace imposible las articulaciones y las operaciones para ubicarla en una temporalidad colectiva (Inclán, 2015:19).

Eso que siempre está pasando y que nunca termina de suceder: esta es la condición del estado de excepción permanente que se instala en la crisis de civilización y la gobierna por medio de la violencia. Es así como la contingencia se convierte en arbitrariedad que, paradójicamente, usa la ley como su herramienta. Re-encuentramos aquí la idea de la proliferación legal, a la que Inclán denomina “fetichismo global por la ley” (2015:19). Legalista y arbitraria al mismo tiempo, esta violencia constitutiva “construye subjetividades abyectas sobre las cuales puede ejercer una crueldad desmesurada [...] exiliados de toda condición de historicidad” (2015: 24), que funcionan como excrescencias del sistema. En último término, según Inclán, el estado de excepción, cuando se hace permanente, no sólo gobierna mediante una violencia sin victoria, sino que con ello desata una guerra contra la historia que quiebra los límites de la inteligibilidad y las fronteras de la sensibilidad. Los seres sin historia pierden la memoria compartida y con ello la posibilidad de rehacer, disputar y transformar el sentido de la experiencia posible. En este sentido, la función contrarrevolucionaria de la violencia sin victoria queda claramente explicada.

El estado de excepción permanente, consigue hacer de la crisis de sentido un arma de dominación. Ya no es una experiencia existencial o individual, es una condición que expone la vida a una “invivibilidad” sin salida. La violencia no necesita la victoria, porque su forma de dominio es gobernar esta crisis donde la experiencia, personal y colectiva, no genera sentido ni permite compartirlo.

Por eso es importante que la actual experiencia de confinamiento genere experiencia compartida y no intensifique, aún más, la privatización del sufrimiento como forma de violencia. Hay quien quiere extraer, de esta crisis, oportunidades y lecciones. Esperar que la crisis nos ilumine y nos permita aprender lo que hasta ahora no veíamos acerca de nosotros mismos es un esquema moralista y religioso. De lo que se trata es de compartir experiencia concreta, de amplificarla y de enriquecerla, a partir de las situaciones laborales y económicas que estamos atravesando, de los problemas afectivos que se multiplican, de las prácticas de apoyo mutuo, conocimiento situado, intercambio, nuevas formas de comunicación que ahora proliferan, entre otros. ¿Qué habremos vivido juntos en estos tiempos de encierros solitarios? ¿Saldremos de esto más solos, más aislados, más atemorizados, o todo lo contrario?

El mundo no se ha parado, aunque muchos estemos ahora confinados. Sumamos nuestros encierros a los que ya existían en el mundo, bajo diversas formas e intensidades de violencia. El mundo no se ha parado porque la contrarrevolución no se ha detenido, todo lo contrario. Pero tampoco se detienen las revoluciones que estaban teniendo lugar. Precisamente, las diferentes luchas contra un sistema devastador de vida, de expectativas, de relaciones y de futuros compartidos son las que pueden marcar menos injusto, menos destructivo y menos autoritario de salida a esta crisis.

Bibliografía

Arendt, Hannah

1995. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios de reflexión política*. Península. Barcelona.

Blanchot, Maurice

1984. *La communauté inavouable*. Minuit, Paris.

Inclán, Daniel

2015. "Abyecciones: violencia y capitalismo en el siglo XXI". *Nómadas*, N° 43. Universidad Central-Colombia. Recuperado de: <<https://cutt.ly/QutNqCX>>.

Mezzadra, Sandro y Neilson, Brett

2017. *La frontera como método*. Traficantes de sueños. Recuperado de: <<https://cutt.ly/8utVVBY>>.

Segato, Rita

2013. *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Tinta Limón. México.



FLACSO
MÉXICO

CONTENIDO



PERFILES LATINOAMERICANOS

Revista de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales,
Sede México

ARTÍCULOS

- **PROBLEMATIZACIONES DEL INDIVIDUALISMO EN AMÉRICA LATINA**
KATHYA ARAUJO • DANILO MARTUCCELLI
- **PARTIDOS POLÍTICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA (2011-2016): UN ANÁLISIS CONFIGURACIONAL**
ADRIÁN ALBALA
- **RECONFIGURACIONES DE LAS ÉLITES ESTATALES Y DE LAS PRODUCCIONES SOCIOESTATALES DE JUVENTUDES EN ARGENTINA (2015-2019)**
MELINA VÁZQUEZ
- **LA ACCIÓN COLECTIVA EN ARGENTINA: ACTORES, DEMANDAS Y FORMAS DE LUCHA DESDE EL RETORNO DEMOCRÁTICO**
LEANDRO GAMALLO
- **MORFOLOGÍAS DEL PERONISMO CLÁSICO EN EL DISCURSO DE CRISTINA FERNÁNDEZ (2007-2011)**
JUAN IGNACIO ESTÉVEZ RUBÍN DE CELIS
- **INSEGURIDAD Y PODER POLÍTICO EN EL TRIÁNGULO NORTE DE CENTROAMÉRICA**
GERARDO HERNÁNDEZ
- **LA POLÍTICA DEL ESTADO DE ÁNIMO. LA DEBILIDAD DE LAS POLÍTICAS MIGRATORIAS LOCALES EN SANTIAGO DE CHILE**
LUIS EDUARDO THAYER CORREA • FERNANDA STANG ALVA • CHARLENE DILLA RODRIGUEZ
- **INVESTIGAR A LOS JEFES: VINCULANDO LOS ESTUDIOS SOBRE LA EMPRESA Y EL TRABAJO EN AMÉRICA LATINA**
OMAR MANKY
- **ECOSISTEMA Y ACTIVIDAD EMPRENDEDORA EN MÉXICO: UN ANÁLISIS EXPLORATORIO**
MARIBEL GUERRERO • CARLOS ALBERTO SANTAMARÍA-VELASCO
- **LA POLÍTICA GUBERNAMENTAL EN LA INDUSTRIA AERONÁUTICA: UN ANÁLISIS COMPARATIVO DE MÉXICO, BRASIL Y ESPAÑA**
JUANA HERNÁNDEZ CHAVARRÍA • LILIA DOMÍNGUEZ VILLALOBOS • FLOR BROWN GROSSMAN
- **OCUPACIONES CREATIVAS Y MOVILIDAD SOCIAL EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES**
DAVID PAC SALAS • JOSÉ JAVIER RODRÍGUEZ DE LA FUENTE
- **INNOVACIÓN SOCIAL Y TERRITORIO EN MUNICIPIOS: EL CASO DEL DISTRITO METROPOLITANO DE QUITO**
CARLOS M. JARDON • KLAUS GIERHAKÉ
- **GÉNERO Y PRIVATIZACIÓN DEL EJIDO EN SAN SALVADOR ATENCO, MÉXICO**
VERÓNICA VÁZQUEZ-GARCÍA

ENSAYOS

- **AUTORITARISMO. HISTORIA Y PROBLEMAS DE UN CONCEPTO CONTEMPORÁNEO FUNDAMENTAL**
CECILIA LESSGART
- **DESENCANTO DEMOCRÁTICO Y CESARISMO: UNA RESPUESTA DESDE LA ARQUITECTURA REPUBLICANA**
SERGIO ORTIZ LEROUX

RESEÑAS

- **MIGRACIÓN Y TRANSNACIONALISMO. EXTRAÑANDO LA TIERRITA...**
DE ANA MELISSA PARDO MONTAÑO
Por JORGE ARTURO MIRABAL VENEGAS
- **MUJERES, MIGRACIÓN CENTROAMERICANA Y VIOLENCIA: UN DIAGNÓSTICO PARA EL CASO DE PUEBLA DE ALMUDENA CORTÉS Y JOSEFINA MANJARREZ (COORDINADORES.)**
Por ITZEL ABRIL TINOCO-GONZÁLEZ
- **ECONOMÍA Y PSICOLOGÍA. APUNTES SOBRE ECONOMÍA CONDUCTUAL PARA ENTENDER PROBLEMAS ECONÓMICOS ACTUALES**
DE RAYMUNDO MIGUEL CAMPOS VÁZQUEZ
Por JUAN ALFONSO MÉNDEZ ZAVALA

Volumen 28 | Número 55
Enero - Junio 2020
ISSN 2309-4982 |
DOI:10.18504/pl2855-2020

Disponibile en
<http://perfilesla.flacso.edu.mx>